

## CIUDAD Y SOCIEDAD. ¿RELACIONES EN TRANSFORMACIÓN?

JOAN VILAGRASA IBARZ  
Universidad de Lleida

La presente ponencia abunda en una idea clásica entre los estudiosos de la ciudad y lo urbano. Esta se sustenta en la conocida formulación de Louis Wirth (1938) que tituló su trabajo “lo urbano como forma de vida”<sup>1</sup>. A partir de la glosa inicial se establece un hilo conductor a partir de tres tesis que configuran las respectivas partes de la ponencia.

En primer lugar la aceptación que la ciudad, y desde el siglo XX y de forma progresiva, lo urbano, ha sido lugar impulsor de progreso, de concentración de creadores y emprendedores y, por lo tanto, ha tenido un impacto positivo en la vida cotidiana. La vida en las ciudades, primero, y la vida urbana en todo el territorio, después, ha supuesto mejoras substanciales en la calidad de vida de las personas.

Pero en segundo lugar, se ha de constatar que el proceso de urbanización y el medio urbano actual no están exentos de problemas que afectan a muchos grupos e individuos. Lo urbano ha implicado y continua implicando numerosos costos sociales. Hay que señalar que la percepción de estos costos sociales ha alimentado, desde siempre, una tradición antiurbana potente, palpable en algunos movimientos sociales, en comportamientos y en anclajes ideológicos y, también, en numerosas tradiciones intelectuales.

De las dos constataciones y afirmaciones anteriores (la ciudad es fuente de progreso, la ciudad concentra problemas) y de su contraste, surge una tercera tesis. Esta la ha expresado muy bien de forma sintética el geógrafo y político Oriol Nel-lo al señalar que “no hay ciudad sin proyecto de ciudad”<sup>2</sup>. Es decir, es necesario prever, programar, planificar las acciones e iniciativas que puedan combatir los efectos negativos que generan las sociedades urbanas, y aprovechar de forma óptima las ventajas de la concentración en las ciudades.

<sup>1</sup> Louis Wirth (1938), “Urbanism as a way of life”, *The American Journal of Sociology*, vol. XLIV, pp. 1-24. Hay traducción castellana: “El urbanismo como forma de vida” a M. Fernández Martorell (ed.), *Leer la ciudad*, Barcelona, Icaria ed., 1988, pp. 29-53.

<sup>2</sup> O. Nel-lo (1995), “Políticas urbanas y gobierno metropolitano en el proceso de integración europea”, *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, III (106), p. 789.

He puesto interrogantes a la frase titular “relaciones en transformación” puesto que en el desarrollo de las tesis anunciadas puede observarse una cierta recurrencia histórica en los problemas y en la percepción de los problemas. Creo que en el actual contexto afloran muchas nuevas caras para viejos conocidos.

### La ciudad: lugar de progreso

Sin duda, el siglo pasado ha sido el siglo de la urbanización. En los inicios del siglo XX se consideraba urbana un 7% del total de la población mundial, a mitades de siglo era un 29%, en 1996 se evaluaba en un 45% y hacia el 2025 está previsto que 6 de cada 10 personas vivan en ciudades. Son cifras seguramente inexactas, puesto que medir lo urbano en la escala mundial comporta enfrentarse con criterios no siempre coincidentes y con eficiencias muy desiguales de los correspondientes servicios de estadística nacionales. Aún así, la tendencia de la población mundial a vivir en ciudades es muy clara. Otros indicadores pueden servir para acabar de dibujar este proceso acelerado del siglo pasado. Hacia 1900 había 16 ciudades millonarias. A mitad de siglo eran 83. En 1996 se contabilizaban 325. Las megaciudades (áreas urbanas superiores a los 8 millones de habitantes) eran desconocidas a principios de siglo. Londres, la ciudad más poblada estaba aún por debajo de los 7 millones. En 1950 solo entraban en esta clasificación Nueva York y Londres. En el año 2000 había 30 megaciudades en todo el mundo<sup>3</sup>.

Tradicionalmente se ha tendido a entender el proceso de urbanización en época contemporánea como un fenómeno occidental, o más exactamente, como perteneciente a los países industrializados. Es decir, de la industrialización clásica. Y este fue un hecho característico en el siglo XIX, pero la pasada centuria ha puesto de manifiesto que la urbanización abarcaba a todo tipo de países, que era un fenómeno mundial. Hoy se urbanizan con más rapidez los menos desarrollados, tienden a concentraciones mayores y, por ejemplo, de entre las 15 primeras ciudades más pobladas solo Tokio, Nueva York y Los Angeles son aglomeraciones que pertenecen a países de industrialización antigua. Claro está que los puntos de partida son también muy diferentes. En el occidente rico la población urbana se sitúa casi siempre en porcentajes del entorno o superiores a las tres cuartas partes de la población total. En el resto del mundo y con situaciones que son muy diversas, la mayoría se sitúan muy por debajo. La intensidad es diferente, pero la velocidad de la urbanización mundial disminuye distancias.

<sup>3</sup> Las cifras de principios de siglo son de Brian Berry (1976), *Consecuencias humanas de la urbanización*, Barcelona, Pirámide; las cifras más recientes se extraen de J.M. Llop; C. Bellet (2000), “Ciudades intermedias y urbanización mundial. Presentación del programa de trabajo de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA)” en C. Bellet; J.M. Llop, eds., *Ciudades intermedias y urbanización mundial*, Lleida, Milenio, pp. 325-347.

La urbanización es un fenómeno mundial pero la forma urbana es muy diversa según culturas y tradiciones históricas. Ciertamente, la primera diferencia puede establecerse entre los más y los menos desarrollados. Poco tienen que ver las periferias urbanas precarias de las grandes ciudades africanas o latinoamericanas con la suburbanización norteamericana, de vivienda unifamiliar de clases medias o acomodadas. Pero tampoco tienen mucho en común los ricos centros europeos urbanos, donde el barrio antiguo, aún con todos sus problemas, ha conservado una buena parte de su centralidad funcional, y los centros de las ciudades norteamericanas, frecuentemente convertidas en guetos raciales y que concentran la pobreza urbana. Aunque estas diferencias tienden también hacia la homogeneización, hacia la formación de una imagen general que abarca el conjunto.

Esta imagen se basa en la idea de que las ciudades modernas mantienen una estructura física fragmentada, a trozos, segregada, que permite explicar, frecuentemente de forma universal y comparativa, las características generales de la estructura social y funcional.

Las imágenes homogéneas de las ciudades insertas en un mundo diverso y plural proporcionan la clave para comprender la especificidad de la cultura urbana. Efectivamente, más allá de las diferencias entre los diversos medios urbanos, ya apuntadas, las formas de vida urbana tienden a la homogeneidad y, por lo tanto, a la diferenciación respecto a otros territorios. Quiero decir que las ciudades (quizás sobre todo las grandes ciudades) de muchos países menos desarrollados, donde aún es perceptible una frontera nítida entre lo rural y lo urbano, tienen más elementos comunes, en las formas de vida y en la estructuración funcional, con el conjunto de ciudades, aún con las más alejadas geográfica, económica o culturalmente, que con el campo circundante. Por otra parte, en los países de nuestra tradición cultural han sido las ciudades las que directamente han difundido las formas de vida urbana a porciones cada vez mayores del territorio. En este sentido, el proceso de urbanización contribuye de forma protagonista a la homogeneización de las formas de vida en todo el mundo.

He mencionado que estas imágenes comunes de las ciudades del mundo se apoyan en una estructura fragmentada. Conviene llegados a este punto releer el mencionado texto de Louis Wirth. En *Urbanism as a way of life* este sociólogo definió la ciudad (recordémoslo, justo pocos años después del primer tercio de siglo) a partir de los atributos siguientes: tamaño, densidad y heterogeneidad. Según Wirth, estos atributos eran especialmente visibles en las sociedades modernas pero también perceptibles al fenómeno urbano *per se*, de forma invariable a lo largo de la historia. Tamaño y densidad pueden entenderse como atributos físicos que diferencian la ciudad del campo, pero también como alentadores de actitudes humanas y sociales ajenas a las del medio rural. Tamaño y densidad propician el contacto, pero sobre todo propician el contacto entre diferentes. Tamaño y densidad permiten la tercera característica señalada: heterogeneidad. Y esta es, sin duda, la gran cualidad que las ciudades han tenido a lo largo de toda la historia. La heterogeneidad puede percibirse de muy diversas maneras.

Como un elemento clave de la división del trabajo, que nace, se desarrolla y perfecciona en las ciudades y por lo tanto facilita la diversidad de ocupaciones frente a la actividad campesina dominante en el medio rural. Como un producto de las migraciones, que siempre han alimentado la población de las ciudades. Desde una perspectiva más individual, desde la diferencia que permite el anonimato, desde la libertad frente al *statu quo* que coacciona las actitudes en las sociedades rurales. La terminología antropológica ha captado semánticamente las diferencias entre la imagen unificada del medio rural respecto la fragmentación urbana al hablar, respectivamente, de cultura rural y de culturas urbanas. Hay una cultura rural en cada ámbito geográfico y, frecuentemente, específica del lugar, no reproducible; en cambio hay muchas culturas urbanas en cada ciudad, similares a las otras culturas urbanas de las otras ciudades.

Una de las consecuencias de la concurrencia de tamaño, densidad y heterogeneidad en las ciudades ha sido el incremento de la movilidad social y la existencia de una menor jerarquía social que en el campo. Esta afirmación no está exenta de tópicos. La imagen del joven inmigrante que acaba siendo un triunfador se ha difundido de forma repetida en la literatura o en el cine y representa el éxito de las capacidades individuales sobre los condicionantes colectivos de tipo social y étnico. Más allá del tópico, y más allá de la constatación que muchos se quedan en la cuneta (en esto abundaremos más adelante) si que hay que plantearse que lo urbano ha sido y es el medio adecuado para los emprendedores. Una segunda consecuencia de las tres características definitorias de la ciudad es el incremento del contacto entre personas, de la comunicación de ideas y de inventos.

Precisamente, innovación y difusión de la innovación, por una parte, y espíritu emprendedor, por otra, son las dos grandes líneas argumentales de una obra reciente de Peter Hall que, con una extrema ambición, ensaya una historia de las ciudades en clave de comprensión del progreso humano<sup>4</sup>.

*Cities in Civilization* parte de la admiración, pero también del desacuerdo, con la obra seminal de Lewis Mumford, *The Culture of the Cities*<sup>5</sup>. Admiración puesto que este autor consideró la idea de progreso inherente a la evolución histórica de las ciudades. Desacuerdo puesto que Mumford estimaba el progreso que generó la ciudad preindustrial, que atesoraba el saber y el patrimonio de la humanidad, pero en cambio, desconfiaba de las capacidades de las modernas ciudades surgidas de la industrialización y llegaba a negar un futuro para las grandes ciudades. Contrariamente, Hall afirma que las ciudades mundiales son los lugares que tienen mayor capacidad para desarrollar el espíritu creador e innovador de la especie humana.

Esta idea de la ciudad como núcleo que propicia la creatividad (y especialmente la creatividad artística) lo desarrolla en la primera parte de su libro, a partir de la revisión histórica de casos. Entre otros, la Atenas clásica, la Florencia renacentista, el

<sup>4</sup> P. Hall (1998), *Cities in civilization. Culture, innovation and urban order*, London, Phoenix Giant.

<sup>5</sup> London, Secker and Barburg, 1938

París del cambio de siglo XIX al XX y el Berlín de la primera postguerra mundial. Este autor asimila la creatividad a las características urbanas ya señaladas por Wirth y a momentos históricos en los que suele confluír un cierto bienestar económico, una época de transformación social y un crecimiento basado en la inmigración, que es capaz de enriquecer los puntos de vista, de hacerlos más universales. El liderazgo de estas ciudades en el aspecto político o económico no es, tampoco, ajeno a su papel emblemático como núcleos del pensamiento y de la creación. Centrado en el mundo de la creación, Hall establece otra hipótesis. La innovación en el pensamiento y en el arte la han realizado, a menudo, personas ajenas al sistema, *outsiders*, y éstas, también a menudo, solo han encontrado refugio en la heterogeneidad de las formas de vida urbanas.

Más adelante Hall aplica un esquema similar para analizar la innovación tecnológica y el progreso económico. En este caso analiza la evolución del capitalismo a partir de monografías sobre ciudades clásicas de la industrialización (Manchester, Glasgow y Berlín en el siglo XIX, Detroit en la era de la generalización del automóvil) y sobre casos más recientes apoyados en las nuevas tecnologías y formas de producción (San Francisco -Silicon Valley-; Tokio -Kanagawa-) y que Hall había estudiado de forma detallada anteriormente<sup>6</sup>. Aún tratándose de cuestiones muy diferentes, nuestro autor sabe encontrar elementos comunes entre las ciudades de cultura creadora y las innovadoras tecnológicamente y económicamente. De nuevo sobresale el papel del emprendedor que encuentra un medio adecuado para desarrollar sus iniciativas, sean nuevos telares, barcos de mercancías, automóviles o chips. Otra característica de los casos estudiados es que la innovación y subsiguiente crecimiento económico se da en lugares situados, de forma relativa, en la periferia de los núcleos económicos mundiales. Las ciudades que analiza (con la excepción de Tokio; de hecho Tokio es la gran excepción en todo el discurso de Hall) no eran, en ningún caso, líderes en la economía de sus respectivos países hasta un determinado momento en que la concentración de innovaciones y de iniciativas las configura como emporios. En todos los casos la expansión rápida de la economía desarrolla unas estructuras culturales y sociales favorables al intercambio del conocimiento técnico, a menudo basadas (otra vez) en la sabiduría de inmigrantes, jóvenes y dispuestos, poco tradicionales y experimentadores.

Por lo tanto, las ciudades como un lugar de progreso humano, en todos los sentidos. Hall llega a explicar la fusión entre el arte y la tecnología a partir de la descripción de dos ciudades que de nuevo fueron base de emprendedores y, de nuevo también, relativamente marginales dentro del sistema de ciudades mundiales, pero que supieron aprovechar las oportunidades. El arte de masas lo ejemplifica en Los Ange-

<sup>6</sup> M. Castells, P. Hall (1994), *Technopoles of the World: The Making of 21<sup>st</sup>-Century Industrial Complexes*. London, Routledge. (Traducción castellana: *Las tecnópolis del mundo*, Madrid, Alianza, 1995).

les-Hollywood, como cuna comercial del cine y en Memphis como cuna de la música rock indisociable de su industria discográfica.

Lo dicho hasta el momento subraya lo individual frente a lo colectivo, al emprendedor, a la innovación y a la capacidad creadora. Pero conviene recordar que, aunque alejado de este discurso, el movimiento revolucionario ha tendido, también, a destacar el papel de las ciudades como escenario de las grandes batallas por la mejora de las condiciones de vida e, incluso, para la experimentación de nuevos modelos sociales. Las grandes revueltas modernas han sido urbanas; Marx admiró París...durante la *Comune*. En nuestros días las grandes manifestaciones antiglobalización han tenido lugar, también, en ciudades.

### Costos sociales y de identidad

Muchos de los pensadores modernos han sintetizado en sus textos un sentimiento contradictorio sobre la ciudad. Walter Benjamin<sup>7</sup> y más recientemente Marshall Berman<sup>8</sup> han señalado, por ejemplo, como Baudelaire percibe el París de la reforma del Barón de Haussman como la creación de un nuevo medio que propicia la actividad individual y libre y que facilita nuevas experiencias. La reforma urbana de París representaba la entrada de esta ciudad en la modernidad. Aunque por otra parte, el mismo Baudelaire observa la injusticia de la pobreza, la desorientación colectiva y el caos que la nueva urbe provoca.

El binomio urbanización igual a progreso ha ido siempre paralelo a la percepción contraria, que tiende a subrayar los costos sociales que provoca la vida urbana. De forma similar, la pérdida de las identidades locales se ha tendido a asimilar a la voracidad uniformizadora de la urbe. La figura del hombre (o mujer) perdido en el asfalto es la imagen de la pérdida de *genus loci*.

Frecuentemente, el progreso que propicia la urbanización se ha tendido a situar en el terreno de la individualidad: el creador, el artista, el emprendedor, el inmigrante que progresa económicamente. Los triunfadores son individuos. De forma contraria, los costos sociales y culturales o identitarios se han percibido como pérdidas colectivas: el proletariado de la era industrial, la subclase que alimenta la nueva pobreza urbana, los signos identitarios de los pueblos que se pierden en el proceso imparable de mundialización.

Por esto, muchos consideraron en el siglo XIX que la riqueza de las naciones se obtenía a costa de los más desamparados. De hecho, buena parte de la literatura deci-

<sup>7</sup> Walter Benjamin, *Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1972.

<sup>8</sup> M. Berman (1982), *All that is solid melts into air. The experience of modernity*, New York, Simon and Schuster. Hay traducción castellana: *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988. Sobre Baudelaire y París véase el capítulo 3, basado en el análisis del *Spleen de París*.

monónica - por ejemplo Charles Dickens o Emile Zola, o el catalán Narcís Oller - reflejan perfectamente este mundo en el que la industrialización y la concentración de población en las ciudades va pareja a la explotación humana. Las ganancias de la industrialización son del país, pues éste crece, pero son sobre todo de los individuos que se enriquecen; en cambio los costos sociales son, en la época del liberalismo capitalista más clásico, patrimonio de los pobres.

La descripción más conocida de la ciudad industrial, y seguramente de las más brillantes, que muestra la crueldad del sistema capitalista del enriquecimiento personal y los efectos en la población más desamparada, es el conocido texto de Friederich Engels sobre Manchester<sup>9</sup>. Este texto se ha convertido en un clásico que señala los aspectos negativos del crecimiento económico en la ciudad. Estos pueden resumirse en la diferenciación entre la ciudad burguesa y las barriadas fabriles, los edificios pantalla que esconden el hacinamiento y la falta de higiene de las casas obreras, la descripción de las características de extrema precariedad de la vivienda, los inmigrantes irlandeses, que devienen, en muchos casos, verdaderos despojos humanos, y también, de una forma intuitiva admirable, la descripción del negocio inmobiliario basado en la especulación y en la construcción barata para extraer rendimientos rápidos.

En los actuales países en vías de industrialización está pasando algo parecido. La descripción de las ciudades puede apoyarse en el anterior esquema sacado del texto de Engels. Así mismo, los salarios de miseria, el paro estructural, la legión de inmigrantes que se buscan la vida como pueden o la explotación infantil pueden fácilmente alimentar nuevas novelas, parecidas en el argumento a las de nuestros clásicos decimonónicos europeos, y generar nuevas descripciones sobre la situación de las clases pobres.

Esta es una primera constatación. La pobreza urbana europea decimonónica se reproduce en el siglo XXI en las urbes del mundo. Pero más allá, muchas de las ciudades de los países más ricos muestran también su cara más oscura en la concentración de la miseria<sup>10</sup>. De forma resumida, la concentración de la pobreza en áreas específicas de la ciudad se explica por el afloramiento de dos marginalidades básicas. La primera es la marginalidad de determinados colectivos frente al mercado laboral, es decir el paro de larga duración o el trabajo precario, que tiende a concentrarse cada vez más en grupos sociales muy específicos: los menos formados, procedentes, a menudo, de segundas generaciones de emigrantes, de clases obreras anteriormente asentadas pero expulsadas del mercado laboral por la crisis de la industria tradicional

<sup>9</sup> F. Engels (1845), *Die lage der arbeitenden klasse in England*. Traducción castellana, *La situación de la clase obrera en Inglaterra y otros escritos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1976.

<sup>10</sup> En otros textos he tratado con mayor detalle esta cuestión. Vease, Vilagrasa, J. (1995), "Segregación social urbana. Introducción a un proyecto de investigación", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 15, pp. 817-830; Vilagrasa, J. (2000), "El debate sobre la pobreza urbana y la segregación social en los Estados Unidos" *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 76 ([www.ub.es/geocrit/sn-76.htm](http://www.ub.es/geocrit/sn-76.htm)).

basada en la mano de obra extensiva y poco especializada (afectadas por un goteo constante de mano de obra, cuando no por cierres masivos y generalizados) y en los recién llegados, el contingente de inmigrantes situados periféricamente en el mercado laboral, dispuestos a hacerlo todo por casi nada.

La segunda es la marginalidad de estos mismos grupos frente al mercado de la vivienda. Es decir, la falta de capacidad adquisitiva para adquirir o alquilar viviendas dignas. Aunque la situación de los colectivos pobres frente al mercado laboral es estructuralmente clave para entender la nueva pobreza, su situación frente a la oferta de vivienda es fundamental para entender la relación entre pobreza y ciudad. La dualización social se traduce en segregación espacial. Las áreas pobres de la ciudad lo son por concentrar la vivienda más precaria (que es la más barata). Entonces se inicia un proceso imparable: la población con más capacidad adquisitiva abandona estos barrios que se tornan, así, más pobres y más cerrados en ellos mismos. Se crea una verdadera cultura de la pobreza, caracterizada superficialmente por la desviación social y la inseguridad, los elementos que se asocian a la llamada “subclase”<sup>11</sup>. El estigma social sobre estas áreas acaba convirtiéndolos en guetos sociales. Además todo esto se mezcla, frecuentemente, con la presencia de minorías étnicas. Y es entonces cuando los sentimientos racistas, más o menos explícitos, de buena parte de la población bienpensante, acaban de aislar estos barrios.

Hay pocas ciudades que escapen a este esquema. Y lo que es significativo, tener una presencia mayor o menor de dualización social, tener barrios marginales donde la concentración significativa de población por debajo de los parámetros de pobreza y en los que la conflictividad social está presente (al menos en el imaginario del habitante bienpensante) no depende de la riqueza que, globalmente, consiga tener la ciudad. Ciudades muy ricas, que crecen, que exhiben sus triunfos internacionalmente son, a veces, las que más disfunciones sociales concentran. Volvemos a encontrar aquí la diferenciación entre aquello que consiguen los individuos emprendedores, capaces de acumular, crecer y progresar, y las colectividades, incapaces de atenuar la marginalidad social. Lo ha descrito de forma magistral John K. Galbraith para los Estados Unidos<sup>12</sup> cuando señala que la mayoría satisfecha, que es la minoría que vota, niega el derecho a la planificación y al incremento del gasto público que puede combatir las disfunciones sociales. Los satisfechos se vuelven de espaldas e ignoran una realidad que no les atañe.

El otro gran coste de la urbanización es la pérdida de identidad local. Se ha dicho anteriormente que las ciudades tienden a reproducir en todas partes similares formas de vida, ahogando las costumbres arraigadas en los lugares y a la tradición. El atenta-

<sup>11</sup> Un texto fundamental sobre el concepto de “subclase” y su relación con el gueto es el de William J. Wilson (1987), *The truly disadvantaged. The inner-city, the underclass, and public policy*, Chicago, The University of Chicago Press.

<sup>12</sup> J.K. Galbraith (1992), *The culture of contentment*, New York, Houghton Mifflin Company. Hay traducción castellana, *La cultura de la satisfacción*, Barcelona, Ariel, 1992.

do de Joseph Bové contra *McDonald's* es todo un símbolo de la revuelta contra esta mundialización de usos y costumbres (sobre todo de la economía, que es lo que preocupaba al líder campesino francés). El tema de las identidades locales es de imposible aprehensión en el tiempo del que dispone esta ponencia, pero conviene establecer dos apuntes sobre esta cuestión.

La primera tensión entre global y local, perceptible mucho antes de la existencia de una consciencia de mundialización, es la que deriva de la inmigración. De hecho, buena parte de las actitudes xenófobas actuales se apoyan en la percepción de la pérdida de identidad que supone la llegada incontrolada de inmigrantes extranjeros. Este es un problema muy viejo que solo tiene vías de solución a partir de la aceptación de dos premisas básicas. La primera, que los límites de los inmigrantes, como los de cualquier ciudadano, acaban cuando topan con los derechos democráticos colectivos y con las libertades individuales. La segunda es que la integración de las minorías ha de hacerse en las ciudades y en los barrios puesto que se ha demostrado que la creación de guetos raciales o de bolsas de pobreza generan conflictividad. Por una parte, la conflictividad surgida por la falta de integración, la conflictividad subyacente en el que está falto de trabajo, papeles y vivienda digna. Por otra, la conflictividad que genera la convivencia entre minorías étnicas y clases de bajo poder adquisitivo, que perciben al inmigrante como amenaza laboral y como distorsión cultural. La primera condición supone una ética democrática decidida, que no ha de ceder frente a los fundamentalismos, pero tampoco a los de la propia cultura o religión. La segunda supone dinero e inversiones inteligentes, sobre todo en los barrios y, mimándolas, en sus escuelas<sup>13</sup>.

Otra pérdida de la identidad local se está perpetrando a partir de la comercialización *folk* y de la banalización del patrimonio. Una alternativa para el crecimiento, para aguzar la iniciativa de emprendedores en las ciudades de gran riqueza patrimonial y cultural ha sido, desde hace un tiempo de forma redoblada, la comercialización del patrimonio. La búsqueda de visitantes que atraídos por los tesoros históricos están dispuestos a pagar. La ciudad monumento se ha convertido en un parque temático y, como tal, en un producto hiperreal, que ofrece más que la realidad, que inventa la

<sup>13</sup> No hay espacio para tratar el complejo tema de la inmigración con detalle. Tema que, por otra parte, está generando una bibliografía creciente. Unas aportaciones sintéticas y reflexivas interesantes pueden leerse en los documentos generados por el grupo de trabajo sobre inmigración del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Véase, H. Capel (2001), "Inmigrantes extranjeros en España. El derecho a la movilidad y los conflictos de la adaptación: grandes expectativas y duras realidades", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 81 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-81.htm>) y las respuestas que ha generado: R. Bergalli, J. Contreras, M. Cruz, M. Delgado, A. Garcia Espuche, H. Capel (2001), "Inmigrantes extranjeros en España. Comentarios y respuesta", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 83 (<http://www.ub.es/geocrit/sn-83.htm>). También es muy interesante la reciente publicación coordinada por Manuel Pimentel (coord.), *Procesos migratorios, economía y personas*, Almería, Cajamar.

realidad y la hace digerible a las masas. En un artículo de opinión reciente, el historiador Joan Lluís Palos señala las debilidades del llamado turismo “cultural”: incapacidad de comprensión de la historia, venta de historias alternativas mutiladas, simplificadas o falsas, reproducción de estilos arquitectónicos vernáculos que apuntan hacia una homogeneización de unos paisajes que nunca han sido los verdaderos. En suma, incapacidad para recuperar la identidad cultural<sup>14</sup>. De forma magistral David Lowenthal ha reflexionado sobre la delgada línea entre la reinterpretación e incluso reinención histórica y su falsificación precisamente aplicada a la conservación del patrimonio. Es necesario reinterpretar porque cuando se decide que y como se conserva, que y como se pone al alcance del público se está, de hecho, tomando opciones comprometidas con el presente. Pero ello no justifica la simple falsificación.

### Percepciones de la ciudad

Las artes han reflejado muy bien los diferentes valores, positivos y negativos, de las ciudades y lo urbano. A menudo, la estructura propia de la obra de creación ha adoptado formas y estructuras similares a la propia ciudad. En este sentido el caso más claro es la novela moderna, los ya típicos y tópicos *Dublín* de Joyce, *Berlín* de Dobler o *New York* de Dos Passos, de estructuras literarias fragmentadas, igual de segmentadas que la propia ciudad: señalando retales sociales, vivencias individuales, descripciones arquitectónicas puntuales....

En el arte y en la creación pueden observarse tradiciones urbanas y antiurbanas muy potentes y enraizadas. Hay en la novelística moderna una visión contrapuesta entre el campo y la ciudad. El primero muestra las permanencias, aquello inamovible, de evolución lenta, de jerarquía establecida. Frente a esta imagen la ciudad es cambio, transformación constante donde el *statu quo* rural es sustituido por un tejido social desarticulado, donde la segregación social por una parte y el individualismo por otra emergen como elementos rectores del comportamiento<sup>15</sup>.

Frente a este esquema existen dos actitudes básicas. Hay una actitud defensora de la ciudad como medio de vida moderno que se mueve, precisamente, entre la exaltación del individuo y de su capacidad de emerger y la denuncia de los costos sociales urbanos. Los ya citados Baudelaire, Joyce, Dobler o Dos Passos o, en el cine, la obra entera de Woody Allen, por ejemplo, representan con todos sus matices y espectros esta actitud. Mas cercana a nuestra realidad, la excelente y premiada película de José

<sup>14</sup> J.L. Palos, “La rentabilización del patrimonio histórico”, *La Vanguardia*, 6 de abril 2001. Palos, por otra parte se apoya en un texto fundamental sobre la percepción del patrimonio, el subjetivismo y la falsificación que es el de David Lowenthal (1985), *The past is a foreign country*, Cambridge, Cambridge University Press (traducción castellana, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998)

<sup>15</sup> He tratado este tema en J. Vilagrasa (1988), “Novela, espacio y paisaje. Sugerencias para una geosofía estética”, *Estudios Geográficos*, nº 191, pp. 271-285.

Luis Guerin *En construcción* (2001) se mueve en los mismos parámetros. Retrata, a partir de un lenguaje cercano al documental, la construcción de un edificio de viviendas en el barrio del Raval en el casco antiguo de Barcelona. La mezcla de personajes (los obreros de la construcción, incluyendo a un magrebí, los vecinos, los yonkies, los potenciales compradores de la obra, de clase media) configuran una imagen agrídulce del proceso de transformación del barrio, abocado por una parte a la “gentrificación” y por otra al mestizaje. Guerin, y en general, los autores citados levantan acta de las transformaciones sociales en las ciudades y de las características de la vida urbana. En todos ellos, aún percibiéndose la crítica acerca de los costes sociales de las ciudades se da, por encima de todo, una aceptación del modo de vida urbano, cuando no una admiración de las oportunidades que favorece.

La presencia en el cine de la ciudad de los países menos desarrollados es otro ejemplo de sentimiento ambivalente. Así, Mira Nair retrata en *Salaam Bombay* (1988) las relaciones entre los niños sin techo que vagan por las calles y la ciudad, dura pero también acogedora, que en última instancia significa su propio hogar. Sin duda las calles son lugares crueles y terribles pero no están exentas de esperanza. El Bombay de Nair tiene puntos de conexión con los barrios londinenses de Dickens y con su visión de la sociedad, en la que aún los más desamparados mantenían su identidad y jugaban un rol. Tal vez más desesperanzada, *Los olvidados* de Luis Buñuel (1950) representa una situación (en este caso la de las calles de México) en las que el mal absoluto no es la ciudad sino el sistema social. La secuencia inicial del film de Buñuel se acompaña de una voz en *off* que explica que se trata de una película sobre la podredumbre escondida en los hogares marginales de la ciudad. El preámbulo acaba señalando que no es una película optimista y que deja la solución de los problemas a las fuerzas progresistas de la sociedad.

Toda la tradición de la novela negra norteamericana (y del cine) se apoya también en un esquema similar. A primera vista, la visión de la ciudad es negativa. Pero, por el contrario, en la novela negra la ciudad es un lugar de progreso y de bienestar individual. Pero este lugar produce también anomalías producto de un medio en profunda y constante transformación. La delincuencia y el gansterismo son costes que se han de pagar, desviaciones sociales que se han de neutralizar en aras del progreso, pero no son males absolutos. En este esquema se percibe la influencia de los presupuestos de la escuela de sociología urbana de Chicago que tuvo su esplendor, precisamente, cuando estas teorías sociológicas eran más aceptadas. Las zonas urbanas de “transición”, que concentran la bohemia, la mala vida y la delincuencia, son el punto negro de una sociedad que progresa, el lugar de concentración de la desviación social. Los bajos fondos, los ambientes portuarios, las áreas de vicio acogen al grupo social que se ha de combatir, pero se acepta que éste difícilmente contaminará al conjunto de la sociedad.

Pero hay también una actitud antiurbana, de retorno al pasado, de canto de las excelencias rurales, de preservación de identidades. Es una actitud que también se

adopta en la creación intelectual desde múltiples posiciones. La *novela News from Nowhere* del creador, crítico y revolucionario William Morris<sup>16</sup>, que dibuja una utopía sin clases, siempre me ha llamado la atención por su capacidad de mezcla entre la nostalgia de los paisajes preindustriales ingleses y el deseo de un mejor futuro para la clase obrera. Los territorios de la nostalgia eran, en este caso, la expectativa del futuro triunfante y revolucionario. Desde otros perfiles, la tradición antiurbana puede percibirse en algunas consideraciones de Josep Pla sobre la decadencia del mundo payés, según él achacables al hacendado absentista que vive en la capital, o sobre Barcelona y sobre la “mediocridad racionalista” de su ensanche<sup>17</sup>.

En el cine ello puede percibirse en multitud de obras. Por ejemplo, en las personales creaciones de Jaques Tati que divide su obra entre la tierna elegía sobre un mundo rural en vías de desaparición (por ejemplo, *Jour de fête*, 1947) y la crítica radical de la modernidad (*Mon Oncle* de 1958, *Trafic* de 1970). Su película *Play Time* (1966) puede entenderse como una visión satírica de la Carta de Atenas y de la separación de funciones que propugna (trabajar, habitar, divertirse y circular). La película está dividida en tres fragmentos (el trabajo, el ocio, la vivienda) conectados por el movimiento de los personajes de un lugar a otro y le sirve para explicar, siempre en clave de humor, las barbaridades de una lógica, la del mundo urbano moderno, emancipada de la tradición.

De entre las actitudes antiurbanas en el mundo de la creación son de especial interés, como documentos que describen las imágenes colectivas y los tópicos sobre los cuales se apoyan las percepciones negativas de la ciudad, las distopías urbanas. *Metropolis* del alemán Fritz Lang (1923) constituye la distopía por excelencia de la historia del cine. En este film las relaciones entre los poderosos y los proletarios adopta estructura de ciudad. Una ciudad jerarquizada y autoritaria, que aún reflejando la moderna sociedad industrial fabril (basada en el trabajo manual y en cadena y en las grandes corporaciones) avanza las terroríficas imágenes de un futuro, que el director veía cercano en su país, de dictadura y de terror.

Hace ya veinte años, el *Blade Runner* de Ridley Scott (1982) se convirtió en la imagen del futuro, también terrorífico, de la ciudad postmoderna. Mike Davies ha utilizado este film (de forma principal pero conjuntamente a otras películas) para describir desde la ciencia ficción una visión apocalíptica de Los Ángeles, la ciudad postcapitalista por excelencia<sup>18</sup>. La lluvia ácida que constantemente cae sobre la ciu-

<sup>16</sup> Publicada en 1891. Hay diversas traducciones al castellano. Creo que la más reciente es *Noticias de ninguna parte*, Barcelona, Batlló Editor, 1984.

<sup>17</sup> Véase *El pagès i el seu món*, Destino, 1952 y *Barcelona, una discussió entranyable*, Destino, 1956. Se trata solo en parte de un autor de tradición antiurbana, puesto que desde otras ópticas este autor puede considerarse cosmopolita.

<sup>18</sup> M. Davis (1992), *Beyond Blade Runner: Urban control. The ecology of fear*, Westfield, New Jersey, Open Magazine Pamphlet Series. Más recientemente, ampliando su trabajo ha publicado *Ecology of Fear. Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Metropolitan Books, New York, 1998.

dad muestra un medio ambiente urbano profundamente degradado, donde las colectividades han vuelto a Babel, allí donde lenguas y razas se sobreponen pero no conviven. En este marco surge la amenaza del “replicante”, tal vez el nuevo ser social (creado mediante la ingeniería genética) que es bueno para trabajar, pero que se convierte en un peligro a partir del momento que tiene capacidad para actuar como un humano, con sentimientos individuales y libres y, por lo tanto, incontrolables. Esta película sintetiza todos los elementos constructores de un catastrofismo que ya es presente en algunas percepciones del actual Los Angeles, y que Davis denuncia: la crisis ecológica, la fractura social, la emergencia de una *underclass* representada por los replicantes, y las respuestas de la élite dirigente a los peligros de desorganización del modo de vida burgués. Fundamentalmente la privatización del espacio de vida y de trabajo de la sociedad bienpensante, frente a los peligros innumerables del espacio público, crecientemente dominado por incontrolados.

Esta privatización tiene diversas facetas. Los espacios de seguridad que son la casa, la oficina y el centro comercial donde las formas arquitectónicas garantizan la defensa del exterior. La invención de “edificios inteligentes” capaces de detectar los peligros y las infiltraciones. El automóvil como nexo de unión entre espacios seguros, que reproducen formas militarizadas. La casa es un castillo cada vez más inexpugnable y en el trabajo o en la galería comercial se garantiza el orden con numerosos guardias jurados. La conclusión de Davis es, de forma similar a aquello que anunciaba la película de Fritz Lang, el camino hacia la militarización y el autoritarismo. Davis apoya sus imágenes en otros films. De una forma humorística notable menciona *The night of living dead* (George Romero, 1968) para describir, precisamente, la inseguridad de la calle (en poder de los muertos vivientes) y la estimulada necesidad de auto-defensa frente al peligro del otro. De forma similar, *Die hard* (John McTiernan, 1988) le sirve para mostrar esta tendencia hacia la excepción autoritaria y violenta para defenderse. Cuando el edificio inteligente falla en su función de detección y control de los peligros (en este caso el terrorismo internacional) el héroe postmoderno que representa el actor Bruce Willis toma las decisiones adecuadas para salvar a los rehenes y doblegar a los terroristas. Davis anuncia que hoy la ciudad postcapitalista y postmoderna esta creando unas nuevas relaciones sociales basadas en una ecología del miedo. Un sistema de relaciones basado en la autodefensa y la violencia autojustificada contra el otro.

### El mal y el buen gobierno de la ciudad

Por una parte, la ciudad es progreso, por otra genera costos sociales e identitarios. ¿Como combatir los efectos negativos que las sociedades urbanas generan y, a la vez, aprovechar de forma óptima las ventajas de la concentración urbana?.

Ambrogio Lorenzetti, en el siglo XIV pintó, en las paredes del Palazzo Publico de Siena, las alegorías del mal y el buen gobierno de la ciudad, imágenes que muestra-

ban a la población lo que era colectivamente bueno o malo y que facilitaba el ejercicio de la autoridad por parte del poder. La distopía urbana expresada por *Blade Runner*, tal y como es interpretada por Mike Davis, representa una nueva versión del "mal gobierno de la ciudad": imágenes de terror debidas a las tendencias espontáneas que adopta la ciudad y la sociedad urbanas. Pero la ciudad siempre ha tenido límites impuestos por el sentido del orden. Si se quiere, y dicho de forma más actual, por la planificación. La Roma del Papa Sixto V, la reforma de París, que Napoleón III encargó al Barón de Hausmann y, a partir de Ildefons Cerdà en Barcelona, entre otros en la misma época, el inicio de la planificación urbana moderna, han sido respuestas de ordenación frente a las disfunciones creadas por la aglomeración. Planeamiento no entendido estrictamente como actuación urbanística, como definición física de la ciudad, sino como intervención para plasmar un proyecto.

La falta de proyecto, y también algunos proyectos parciales de ciudad (aquellos que subrayan la importancia del crecimiento económico, del bienestar de los individuos a costa de la anomia urbana y los problemas colectivos) están crecientemente aflorando a partir de algunos de los fenómenos señalados antes: marginalización del espacio público, privatización y militarización, fragmentación de la ciudad y dualidad social. Por ejemplo, algo de esto está pasando en los centros de las ciudades y en este aspecto, como en muchos otros, Norteamérica vuelve a ser un lugar donde mirar posibles futuros.

Los centros urbanos norteamericanos están sufriendo un doble proceso. Por una parte, el abandono, la conversión de parte de la ciudad central en áreas de concentración de pobreza. Hace ya bastantes décadas, con la generalización del automóvil se inició en la ciudad norteamericana el proceso de suburbanización de las clases altas y medias. Esto contribuyó a crear guetos raciales que con los años, cuando el bienestar llegó a determinados grupos de población negra, se convirtieron en guetos sociales. Muchos de los barrios del centro concentraban, solamente, población de baja capacidad adquisitiva. En muchas ocasiones la vivienda pública se ubicó, también, en estos barrios. Las áreas degradadas del centro ciudad se convirtieron así en lugares en los que la asistencia pública constituía la base principal de obtención de ingresos.

Además, en los últimos decenios del siglo XX ha ido sucediendo otro fenómeno. Hasta entonces, la residencia de las clases bajas convivía, a menudo al lado, con los centros de negocios, los lugares de concentración de los trabajadores de "cuello blanco". Estas áreas contribuían a mantener globalmente el centro, a ser transitado, a establecer áreas comerciales al servicio de la población que allí trabajaba. La tendencia general es la del traslado de estos lugares de trabajo cualificado hacia fuera de las ciudades centrales. Es lo que se ha denominado *edge cities*, áreas de nueva planta, en los límites del espacio urbano y que concentran no solo vivienda suburbana de clases pudientes sino, de forma prioritaria, los lugares de trabajo cualificados<sup>19</sup>. De esta

<sup>19</sup> J. Garret (1991), *Edge City: Life in the New Frontier*, New York, Doubleday.

forma, en los centros urbanos, a la marginalización social progresiva se le suma la pérdida constante de riqueza. Washington, Chicago y Los Angeles son aglomeraciones donde estos fenómenos se han estudiado bien<sup>20</sup>.

Por otra parte, hay que considerar que no todas las partes del centro urbano han caído en una situación de marginalidad. De hecho, algunas partes del centro ciudad se ha “gentrificado” y otras se han convertido en objeto turístico y se han “tematizado”. A menudo, uno y otro fenómeno han ido de la mano. Las zonas centrales donde es más interesante vivir (para los que optan por el centro: jóvenes de clases medias o profesionales, de estructura familiar reducida –o viven solos, o en pareja, sin hijos- de elevado nivel cultural) son precisamente las que gozan de rentas derivadas de otros atractivos, a menudo el turismo cultural. La ciudad gentrificada por excelencia es Nueva York, pero casi todas las ciudades norteamericanas, en una u otra dimensión, están asumiendo este proceso<sup>21</sup>. Paralelamente, las inversiones para potenciar el turismo y el ocio en algunas partes del centro ciudad son elevadas, algunas ya desde hace tiempo, como es el caso de los puertos de Baltimore y de Boston o el Mall en Washington, que juntos concentran una parte muy substancial del turismo de la costa Este de los Estados Unidos.

Todo esto aboca en lo que Peter Marcuse ha denominado ciudad fracturada y cuarteada<sup>22</sup>. Esta se compone de diferentes partes socialmente muy diferenciadas: la ciudad del lujo, la ciudad de la gentrificación, la ciudad suburbana de las clases medias, la ciudad de los bloques de apartamentos de alquiler, con población de clase baja trabajadora y el gueto, no en el sentido racial sino como localización de los excluidos, los muy pobres, los desocupados, los sin techo. En este último, la concentración de la pobreza se magnifica con la concentración de la vivienda pública y con la desatención de los servicios públicos y educacionales.

<sup>20</sup> Véase sobre Washington, Paul L. Knox (ed.) (1993), *The restless urban landscape*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1993; sobre Chicago, William J. Wilson (1987), *op cit.*, nota 11; sobre Los Angeles, Allen J. Scott; Edward W. Soja (eds.) (1996), *The city. Los Angeles and urban theory at the end of the Twentieth Century*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press.

<sup>21</sup> Véase la selección pionera de textos de N. Smith and P. Williams (1986) (Eds.), *Gentrification of the city*. London: Allen and Unwin, 1986. También es interesante como visión general, M<sup>a</sup>. Alba Sargatal Bataller (2000), “El estudio de la gentrificación”, *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 228 ([www.ub/geocrit/b3w-228.htm](http://www.ub/geocrit/b3w-228.htm)). Véase también el trabajo que aborda el proceso de gentrificación en el barrio barcelonés del Raval de Sergi Martínez Rigol (2000), *El retorn al centre ciutat. La reestructuració del Raval entre la renovació i la gentrificació*, Tesis Doctoral inédita, Departament de Geografia Humana de la Universitat de Barcelona.

<sup>22</sup> P. Marcuse (1989), ‘Dual city’: a muddy metaphor for a quartered city. *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 13, nº 4, p. 697-708.

En otro trabajo este mismo autor intenta explicar las dinámicas que influyen en la ciudad cuarteada<sup>23</sup>. Principalmente se refiere a la ciudad “gentrificada” por una parte y a la ciudad “abandonada” y degradada por otra. El cambio que detecta Peter Marcuse es doble. Por una parte, amplias zonas urbanas situadas centralmente son reconvertidas en áreas de apartamentos caros ocupados por profesionales; por otra, muchos de los bloques de apartamentos de alquiler, que tradicionalmente habían sido ocupados por trabajadores, sufren un proceso de degradación acelerado, relacionado con la huida hacia la periferia suburbana de la población con más posibilidades de ocupación y mayor renta.

Marcuse percibe como el interés privado es fundamental en la fragmentación de la ciudad. Este interés se centra en los crecimientos suburbanos residenciales, en las nuevas concentraciones periféricas de lugares de trabajo y en la renovación especulativa del centro. Considera que, frecuentemente, la sumisión de la iniciativa pública a los intereses privados es total, favorecida por las imprescindibles políticas de imagen y de captación de recursos económicos y tecnológicos foráneos, necesarias para sobrevivir y situarse de forma favorable en el proceso de globalización. Esta sumisión se traduce en políticas urbanas especulativas y en el abandono de las áreas degradadas que esperan un cambio de uso que las revaloricen, es decir, entrar en la espiral especulativa. El resultado es que la ciudad cuarteada, muy segregada socialmente, crea identidades propias en cada zona, que es separada por barreras físicas o psicológicas del resto de la ciudad.

Por lo tanto, abandono del centro ciudad, tematización, crecimiento periférico suburbano y concentración, también periférica, de la nueva actividad económica responde, en buena parte, a las estrategias de las fuerzas económicas individuales y a la renuncia de muchos gobiernos a gobernar. Es el triunfo de la percepción exclusiva de la ciudad como un ente de progreso individual. Es evidente que ésta no es una situación que define a todas las ciudades, ni tan siquiera a las norteamericanas, pero también lo es que tendencias más o menos completas de lo aquí resumido tienden a darse en todas las ciudades, inclusive muchas europeas y cercanas. La película antes citada de Guerin, señala para Barcelona algunos de los procesos que Marcuse detecta en la ciudad americana, aún siendo, la primera, un ejemplo frecuentemente utilizado de cohesión social.

En este sentido las confrontaciones ideológicas y políticas son claves para entender actitudes y estrategias de gobierno. La desregulación ha sido la clave de las políticas neoliberales de las dos últimas décadas del siglo XX. Por su parte, las perspectivas reformistas han combinado una creciente aceptación del papel de los individuos en el progreso económico, y de la conveniencia de actuar en libertad con un recono-

<sup>23</sup> P. Marcuse (1993), What's so new about divided cities. *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 17, nº 3, p. 355-365.

cimiento de los valores del estado del bienestar (que dicho a la manera lampedusiana, debe transformarse para mantenerse).

A mi entender, compaginar crecimiento económico, capacidad emprendedora e innovación, por una parte, y cohesión social y bienestar colectivo por otra es esencial al buen gobierno de la ciudad. Es decir, no se puede tan solo confiar en las fuerzas ciegas del mercado, ni renunciar a la intervención. Está claro que esto es más fácil enunciarlo que hacerlo. Seguramente, en algunas ciudades europeas es donde han habido aproximaciones más substanciosas a este tipo de proyecto.

Hay cuatro cuestiones a las que los proyectos de ciudad deberían dar respuesta para garantizar una inserción favorable en la nueva economía-mundo y a la vez asegurar una cierta cohesión social.

En primer lugar, definirse de una manera favorable frente a las nuevas redes de transporte, se llamen autovías, trenes de alta velocidad o plataformas aeroportuarias y en las nuevas redes de telecomunicaciones. La idea clave aquí es la del incremento de la accesibilidad: facilidad de movilidad hacia otros lugares, de transporte de mercancías, de acceso a la información. En un mundo cada vez más pequeño y más interconectado, conviene estar dentro de estos grandes canales de comunicación y transporte para poder sobrevivir en condiciones.

En segundo lugar, hay que insertarse en los sistemas productivos de alto valor añadido y que incluyen, en su base la utilización de nuevas tecnologías y la producción y transmisión de información asociada. Hay, por lo tanto, que aprovechar las especificidades de las economías locales para modernizarlas y hay, también, que facilitar la creación de nuevas empresas, de nuevas iniciativas.

De hecho, estas dos medidas definen netamente el papel de los gobiernos locales como potenciadores de las iniciativas individuales. El Estado actúa al servicio del emprendedor.

En tercer lugar, hay que conseguir estándares altos de formación de la población. Y ésta es una cuestión básica que conecta los objetivos orientados hacia el bienestar económico con los del bienestar social. En efecto, las bolsas de pobreza urbana se concentran cada vez más entre aquellos grupos que tienen poca versatilidad para situarse en un mundo laboral cada vez más exigente. Impulsar los reciclajes y las especializaciones entre la mano de obra, crear nuevas oportunidades de trabajo a partir de nuevas ocupaciones y, en general, garantizar un nivel educativo alto de la población ha de ser un objetivo fundamental. Se dirá que los gobiernos locales no tienen competencia sobre educación. Seguramente acabarán teniéndolas y, mientras tanto, hay que esforzarse en generar iniciativas que apunten hacia la mejora del capital cultural y técnico de las localidades.

En cuarto lugar, hay que asegurar entornos ambientales de calidad. Esta es otra de las condiciones clave tanto para la atracción de flujos e inversiones como para la propia mejora de las condiciones de vida de la población. Conseguir un medio ambiente urbano de calidad, sostenible y capaz de generar bienestar significa abordar con

fuerza el tema del espacio público. La eficiencia del transporte público (que es la única opción posible para combatir el tráfico basado en el automóvil privado), las redes de espacios verdes y libres urbanos, el control de emisiones nocivas de todo tipo, las garantías de calidad de la vivienda, la disponibilidad de servicios y equipamientos públicos, son algunos de los numerosos temas que han de ser fundamentales si se quiere que el espacio público no sea crecientemente marginalizado, privatizado y militarizado.

Estos puntos son, seguramente, de aplicación universal. Cualquier proyecto de ciudad de cualquier parte del mundo partirá de estas premisas. Pero hay que considerar las especificidades locales y regionales como marco de respuesta concreta a los retos generales. El proceso de mundialización está poniendo de manifiesto una creciente desigualdad entre las ciudades y entre los territorios. De aquí que éstas, es decir los gobiernos locales, tengan responsabilidades muy grandes a la hora de intentar situarse de forma competitiva en la red urbana mundial (o en el área regional en que se insertan).

Por lo tanto, un corolario lógico es que no hay soluciones generales para todos. Cada ciudad necesita de su proyecto, capaz de aprovechar los elementos específicos de diferenciación, que acostumbran a ser una materia prima excelente para sobrevivir en un mundo competitivo, un mundo de ciudades que frecuentemente se disputan las mismas o parecidas prebendas. Los proyectos originales serán, seguramente, los que permitan alcanzar con éxito un futuro próspero y equitativo.